

*Vidas dañadas. Precariedad y vulnerabilidad en la era de la austeridad*

Sonia Arribas y Antonio Gómez Villar (eds.)

Barcelona: Artefakte, 2014

292 páginas

*La imaginación hipotecada. Aportes al debate sobre la precariedad del presente*

Palmar Álvarez-Blanco y Antonio Gómez López-Quiñones (eds.)

Madrid: Ecologistas en Acción, 2016

360 páginas

*Cultures of Anyone. Studies on Cultural Democratization in the Spanish Neoliberal Crisis*

Luis Moreno-Caballud

Liverpool: Liverpool University Press, 2015

288 páginas

*Poetics of Opposition in Contemporary Spain. Politics and the Work of Urban Culture*

Jonathan Snyder

Oxford: Palgrave Macmillan, 2015

248 páginas

La crisis económica de 2008 ha actuado, y sigue actuando, en España como una inagotable sembradora de precariedad. Tanto que hasta el propio uso de la palabra «crisis» —inocua, por abstracta— resulta casi obscena, por su capacidad de ocultar el complejo engranaje de procesos que la han provocado y que ésta ha desencadenado, entre los que se cuentan la especulación financiera descontrolada, la complicidad del parlamentarismo con los intereses corporativos, un sistema legislativo deficiente, medidas austericidas para socializar la deuda, la cooptación de la soberanía nacional por instancias europeas de escasa vocación democrática y un largo y siniestro etcétera. Como consecuencia, miles de personas han visto derrumbarse las pocas certidumbres que conservaban, azuzados por el desempleo, la desposesión o la huida y atravesados por los canales del miedo, la indefensión, la pérdida y el dolor. Unas situaciones, unos afectos, cuya propagación por la sociedad española ha generado precisamente la conciencia de vivir en tiempos precarios, de *ser* precarios.

Esta categoría en expansión, pues, la de la precariedad, ha tenido la capacidad de señalar en los últimos años el incremento de una experiencia compartida —o al menos vivida como tal— y de vehicular una serie de reclamas colectivas que se han proyectado desde colectivos como Precarias a la Deriva, Juventud sin Futuro o la Plataforma de Afectados por la Hipoteca y movimientos transversales como fue el 15M, por mencionar sólo algunos. Y sin embargo, su operatividad movilizadora está lejos de deberse a su supuesta claridad o univocidad conceptual. De ahí que sea necesario preguntarnos qué es la precariedad, qué define una vida precaria, qué la causa, qué formas pueden representarla, qué tipo de sujetos genera, qué características comparten y cuáles son sus potencialidades políticas y filosóficas, entre otros muchos interrogantes que se despliegan ante nosotros.

A estas cuestiones, y otras muchas, quieren dar respuesta precisamente los dos primeros volúmenes que recogemos en esta reseña: *Vidas dañadas. Precariedad y vulnerabilidad en la era de la austeridad* (Artefakte, 2014), editado por Sonia Arribas y Antonio Gómez Villar, y *La imaginación hipotecada. Aportes al debate sobre la precariedad del presente* (Ecologistas en Acción, 2016), coordinado por Palmar Álvarez-Blanco y Antonio Gómez López-Quiñones. Ambos comparten al menos dos características que vale la pena mencionar. En primer lugar ambos se asemejan en el hecho de no haber sido publicados por «casas» editoriales al uso. Tanto Artefakte como Ecologistas en Acción están lejos de ser instituciones que se reduzcan a la mera edición y difusión de textos, y ello nos habla meridianamente de la voluntad de incidencia, no sólo cultural sino también política y social, de estas dos obras. Entender el campo cultural como un espacio de lucha por la producción de significados políticos es efectivamente un presupuesto que comparten la mayoría de sus autores. En segundo lugar, se trata de volúmenes colectivos que apliegan una serie de intervenciones de diversos pensadores, con una marcada intención plural e interdisciplinar. Y es que, para intentar sacar algo en claro sobre el asunto, no se puede sino partir de la disparidad de enfoques y apreciaciones —a veces abiertamente contradictorias o incompatibles— e intentar aglutinar cuantas ideas nos lleguen de campos como la filosofía, el arte, la sociología, la economía, la ciencia política o el activismo, para que dialoguen, se tensen o se arrojen luz mutuamente. Es mérito indiscutible de los cuatro editores el haber propiciado un auténtico espacio de pensamiento desde la complejidad del tema donde las voces actúan como vasos comunicantes pero sin renunciar a recoger la discrepancia. Intentaré a continuación ofrecer un recorrido forzosamente breve, debido a su extensión, por sus nexos y divergencias.

Lo primero que destaca en la lectura de estos dos libros es la importancia de aceptar la abierta significación de la noción de precariedad y de entender las diferentes tradiciones que han ido semantizándola. En este sentido, después de observar que para la corriente post-operaísta italiana «precariedad significó fuga de la fábrica, algo deseable», Antonio Gómez Villar remarca que «la precariedad, como concepto, comporta una ambivalencia, una tensión. La precariedad es, entonces, un campo de batalla» (*Vidas* 153). Por eso es importante comprender las posibilidades y los límites de cada conceptualización que se proponga.

En un esfuerzo de síntesis, los editores de *La imaginación hipotecada*, por su parte, detectan fundamentalmente dos «acercamientos distintos» a dicha noción. Por un lado, se trataría de señalar una «suerte de nuevo (y casi unilateral) contrato social en el que empeoran las condiciones de vida para una inmensa mayoría de la población», debido a la «batería de reformas de corte neoliberal» propias del capitalismo en su fase avanzada (*Imaginación* 6). A esta concepción, y paralelamente, hay que añadir un modelo «filosófico-especulativo» de la precariedad, apoyada en filósofos como Butler, Agamben, Hardt o Critchley:

en este contexto, «precariedad» apunta a la disposición más esencial del individuo, que antes y después de erigirse como tal, se encuentra, siempre y desde el principio, radical y ontológicamente imbricado en algo que lo trasciende, supera y, al mismo tiempo,

constituye. Ese sujeto es un sujeto insuficiente, parcial, dislocado, en definitiva, «abierto a» y «dependiente de» relaciones intersubjetivas y supraindividuales de todo tipo, voluntarias e impretendidas, reconocidas e inconscientes. (*Imaginación 7*)

Esta segunda tradición, que remite en casi todas sus propuestas a la obra de Judith Butler, *Precarious Life* (2004), es lo que Isabell Lorey, una de las personas que más ha trabajado sobre este concepto, denomina «condición precaria» (para diferenciarla de la «precariedad», como «conjunto de posiciones sociales de inseguridad», y de la «precarización gubernamental», que sería la dinámica biopolítica de la *gubernamentalidad* neoliberal) (*Imaginación 235*). Pero muchas otras voces proponen identificar esta noción con el término «vulnerabilidad», cosa que, al menos en español, ayuda sin duda a deshacer el embrollo conceptual (en inglés, Butler lo hacía, por ejemplo, diferenciando entre ‘*precariousness*’ y ‘*precarity*’). Es el caso, por ejemplo, de Ignacio Mendiola, que concibe la vulnerabilidad como una *ontología encarnada*, incidiendo en la inseparabilidad entre sujeto, cuerpo y espacio, y combatiendo la «falaz visión de un sujeto autocentrado que encumbra su subjetividad al tiempo que minusvalora todos aquellos cuerpos que no encajan en la subjetividad privilegiada» (*Vidas 48*). Una concepción que está asimismo en la raíz de la economía feminista que proponen autoras como Silvia L. Gil, para quien esta idea de vulnerabilidad ontológica del ser viene a revocar el «ideal de independencia» heredado y hegemónico que afirma que «la vida es un proyecto individual», que «la conciencia se basta a sí misma para conocerse y ser» y que «las personas son física y psicológicamente autosuficientes» (*Vidas 107*). En esta nueva visión post-metafísica del ser humano, también representada por filósofas como Marina Garcés (*Vidas*) o Laura Llevadot (*Imaginación*), encontramos sin duda uno de los grandes atractivos de este concepto pues permite visibilizar y poner en valor toda una serie de ideas, prácticas, actitudes y afectos que tradicionalmente quedaban fuera del campo intelectual prestigiado, «situando en el centro del debate la necesidad de una responsabilidad colectiva —social, estatal y de los hogares— en el cuidado de la vida, [...] teniendo en cuenta la vulnerabilidad de los cuerpos» (*Vidas 104*). Lo que reclaman, por lo tanto, estas propuestas, es la importancia de trazar y legitimar una subjetividad interdependiente, que asuma su necesidad de —y apertura hacia— el/lo otro, como base para una ética y política del cuidado. Igualmente, en su proyección ecologista, esta nueva consideración de lo humano puede conducir a reivindicar un nuevo imaginario post-humano, como hace Luis I. Prádanos (*Imaginación 80*) desde la conciencia de pertinencia a una «comunidad biótica», para lo cual recoge algunos conceptos como los de «trans-corporality» (Alaimo), «excepcionalismo humano» (Haraway) y «política de lo no humano» (Bennett).

Y si la vulnerabilidad revela una condición ontológica, el concepto de precariedad viene a suponer la condición social del ser en su fase de exposición a una estructura de poder capitalista. Una precariedad basada en la desvalorización de la fuerza de trabajo que, como apunta Xabier Arrizabaló Montoro «es intrínseca al capitalismo y no se debe a una cuestión de voluntad (política), porque lo que se impone es la ley de la rentabilidad, a lo que queda subordinado todo lo demás» (*Imaginación 34*). También Mónica Clúa-Losada, recordando a E. P. Thompson, reclama comprender

la precariedad como un fenómeno intrínseco al capitalismo (*Vidas* 205). Y aun así, se trata de una precariedad que se ha visto acrecentada en las últimas décadas por la deriva neoliberal de las sociedades occidentales que, como ya apuntó David Harvey, inauguraba un proceso de «acumulación por desposesión». A este proceso, donde sí entran factores políticos e ideológicos, es a lo que, como hemos apuntado antes, Lorey llama la «precarización gubernamental» y que, en mi opinión, podemos señalar como simplemente «precarización». Una «precarización» que ha venido a sustituir, según la famosa acuñación de Guy Standing, el proletariado por el precariado, y entre cuyas lógicas se encuentra la de la pérdida de derechos fundamentales de la ciudadanía. Como señala pertinentemente Victoria Camps (*Imaginación* 160 y ss.), los principios neoliberales han transformado la concepción del trabajo, que se presenta ahora como un bien deseable y no ya como un derecho básico, convirtiendo así al *homo laborans* clásico en un *homo competitor* —además de en un sujeto endeudado, mediatizado y securitizado. Lo mismo ha sucedido en el sector financiero, afirma M. Elvira Méndez Pinedo (*Imaginación* 131), en el que la lógica del crédito ha sustituido a la del bienestar convirtiendo al ciudadano en un consumidor desprotegido, es decir, en un «agente racional del mercado» sobre el que las instituciones financieras han desplazado el peso del riesgo, abocándolo a la propia «precarización de la existencia», tal como formula Jordi Maiso (*Imaginación* 115). La «precarización» entraña pues una insoslayable dimensión biopolítica por cuanto logra imponer una serie de conductas y formas de vida a través de las cuales el individuo interioriza las normas del sistema neoliberal sin necesidad de medidas autoritarias.

Una vez esclarecido este aspecto terminológico, necesario para la conceptualización de la precariedad y la vulnerabilidad, otro gran atractivo de estos libros es el de problematizar, a su vez, estas categorías, interrogándose sobre su capacidad de producir una agencia política de resistencia y sobre los modos de representación de éstas. Una voluntad problematizadora que encontramos especialmente en *La imaginación hipotecada*, que da muestra, dado su volumen —casi quinientas páginas— y su variedad de enfoques, de la fortuna académica de la que han gozado estos conceptos en el lapso de dos años que lo separa de la publicación de *Vidas dañadas* (2014). No faltan voces, de hecho, que los señalan como una de las modas críticas actuales, ejemplificada, entre otras cosas, por el MLA *Presidential Forum* de 2014, cuyo tema fue precisamente «*vulnerable times*».

La voz más crítica respecto al asunto la eleva, paradójicamente, Antonio Gómez López-Quñones, uno de los editores de *La imaginación hipotecada*, quien define el paradigma de la precariedad como partícipe de una nostalgia filosófica anti-moderna que opone a la ideología humanista un sujeto de-substanciado, a la ideología del progreso del mercado una nueva praxis normativa basada en los cuidados y la interdependencia y al imaginario político moderno —contratismo social, Estado, partido, representación, etc.— una concepción horizontal de lo político expresada en una miríada de conceptos como infrapolítica, impolítica, subpolítica, pospolítica, posthegemonía, etc. Los peligros de este paradigma, según el autor, son varios y atañen a múltiples niveles: dibuja un sujeto político precarizador que a veces cae en el «patetismo doliente» dentro del régimen victimológico; ensalza unos

experimentos colectivos —cooperativas, mancomunidades, asambleas, redes, etc.— que «tienen el perímetro de actuación bastante limitado»; incurre en cierto idealismo espontaneísta en la concepción de las «masas» y de la «gente» en rebeldía —o de la *multitud* sin organizar—; y renuncia a la «contienda por ocupar ámbitos de influencia y decisión» por su visión determinista de lo institucional. En conclusión, el paradigma de la precariedad estaría «minusvalora[ndo] el reto de un capitalismo neoimperial» frente al que se perfilaría como inocuo al dibujar «un escenario retóricamente ultra-transformador, pero *de facto* secretamente acomodado sobre aquello que refuta» (*Imaginación* 175). Más allá de que algunas de estas observaciones pueden ser matizadas y de que no todas son igual de efectivas en su impugnación del mencionado paradigma, son críticas que merecen ser consideradas muy detenidamente y que cuentan entre sus valedores a nombres como Badiou, Eagleton, Harvey o Žižek, entre otros. Además, son sin duda de agradecer por la honestidad intelectual y el sano escepticismo que transpiran.

Finalmente, la segunda problemática que estos libros nos proponen tiene que ver con la pregunta sobre el modo de representación de esta precariedad. Aquí el abanico crítico se abre en una disparidad de acercamientos y metodologías. En este sentido, José Luis Venegas se pregunta en qué medida la precariedad condiciona el gusto estético y, en su lectura de las obras de López Menacho —*Yo, precario*— y de Cristina Fallarás —*A la puta calle*—, concluye que «sentir la precariedad es el momento fundacional de una ruptura entre los medios de representación y el colectivo representado, entre la forma y el contenido social» y mantiene, con la propia Fallarás, que «para cambiar el mundo, primero tenemos que cambiar cómo lo vemos y sentimos, y después enunciarlo de otro modo» (*Imaginación* 299). Gerard Vilar, por su lado, reclama la intrínseca precariedad del arte contemporáneo a un triple nivel —como expresión, como medio de reflexión y como modo del discurso— que lo convierte en su esfera privilegiada de representación, tal como demuestran las obras de Thomas Hirschorn, entre otros, y la tendencia general de *artización* de la esfera de la vida cotidiana (*Vidas* 97). Algo parecido propone Arturo Casas al aproximarse a la poesía y pensamiento de Antonio Méndez Rubio en el marco de una «global precariedad semiótica» (*Imaginación* 414) ante lo cual el poema irrumpe con fuerza de realidad. Por otro lado, Eduardo Maura examina la «jovencita» de Tiqqun como imagen de la precariedad, en paralelo con otras provenientes del colectivo Juventud Sin Futuro, y cuestiona un repertorio de «imágenes blandas» como las de los reportajes de *El País* de la generación mileurista y nimileurista, alejadas de lo que Rancière identifica como *imagen pensativa* (*Imaginación* 407). En definitiva, cabe reivindicar, con Palmar Álvarez, que el paradigma de la precariedad se ofrece como una «oportunidad para el cultivo de modelos alternativos de realidad» (*Imaginación* 443), es decir, como una herramienta para agrietar los espesos muros de nuestro régimen de lo sensible.

Este clima de reflexión sobre lo precario resulta inmejorable para acercarnos seguidamente al otro par de libros que queremos aquí destacar y que, de algún modo, prolongan la voluntad de pensar el arte y la cultura como espacios de representación capaces de producir nuevos significados que habíamos encontrado

en esta última parte e igualmente vinculados a la emergencia de un sujeto precario generalizado. Se trata de *Poetics of Opposition in Contemporary Spain. Politics and the Work of Urban Culture* (Palgrave, 2015), de Jonathan Snyder, y de *Cultures of Anyone. Studies on Cultural Democratization in the Spanish Neoliberal Crisis* (Liverpool University Press, 2015), de Luis Moreno-Caballud. Ambos conforman una suerte de díptico cuyo fin es considerar los cambios y reclamos políticos en la España de la segunda década del siglo XXI y su relación con la creación artística y las formas de vida contemporáneas. Como señala Snyder, alienta ambos volúmenes la conciencia de estar de algún modo ante un cambio de paradigma cultural y la correspondiente voluntad de comprenderlo: «The gravity of the economic crisis and the still-emerging social mobilizations have incited a process of change that may yet amount to a paradigm shift, which raises the question of precisely how and why this is so» (*Poetics* xv).

En este sentido, su monografía sirve de espléndida introducción a la materia, partiendo de una precisa radiografía del movimiento del 15M para observar lo que él detecta como una reformulación del espacio urbano a través de prácticas de oposición en asambleas y protestas que permitieron resignificar y reapropiarse del espacio público. El libro se ofrece, pues, ante todo, como una guía ciertamente completa para entender el fenómeno que en mayo de 2011 aglutinó centenares de miles de personas en las principales plazas del país, recogiendo sus proclamas, sus críticas a la hegemonía neoliberal y a las políticas estatales, pero también interpretando desde la teoría de los afectos su potencia y las aperturas colectivas que supuso, y que podemos rastrear, además, en algunas formas de producción cultural. Su estructura es clara y repartida en cuatro bloques. En el primero, sobre «La(s) crisis», un ejercicio de historia social y cultural del presente, Snyder desgrana las circunstancias políticas y económicas que condujeron a la gran depresión y la genealogía y desarrollo del movimiento de *los indignados* y del ciclo de movilizaciones que ello conllevó, abriendo ya la puerta a una interpretación desde la teoría de los afectos que será desarrollada en más profundidad en el segundo y quizás más importante capítulo. En este, el autor propone entender el movimiento de las plazas como una práctica de reapropiación y resignificación, en lo que denomina «*oppositional literacy*». Para ello, analiza algunos textos producidos por las distintas comisiones del 15M y de varios colectivos dentro su órbita (Democracia Real Ya, ATTAC, La Tabacalera, Juventud Sin Futuro, V de Vivienda, Estado de Malestar, etc.) así como los lemas que ahí se popularizaron («no somos mercancía en manos de banqueros y políticos»; «violencia es cobrar 600 euros»; «organiza tu rabia pero no te olvides de defender tu felicidad»; «lo llaman democracia y no lo es») sin renunciar a bibliografía secundaria de sociólogos, politólogos, antropólogos y críticos culturales afines. Esta serie de prácticas de oposición letrada fundó, para Snyder, una nueva comunidad interpretativa articulada alrededor de una «*multiplicity of refusals which in the practices of the indignadxs made posible the assemblage of multitudes in Sol*» (*Poetics* 77) y que logró abrir una brecha contra el discurso oficial de la «no-alternativa» ante la austeridad y las políticas neoliberales.

Además, estas prácticas de lectura oposicional no solo son destacables por su capacidad de resemantizar la situación histórica del país e instaurar un nuevo sujeto-multitud sino que, por su propia manera de funcionar, también introdujeron una nueva relación entre los participantes, tanto a nivel cognitivo como afectivo:

Oppositional readings can be, and indeed have been, taught and learned from one another, even mimetically, in the experimental practices of assembly by *doing together* without the need for formal education. Reading critically, in this sense, is one of self-education practiced collectively, which pays great attention to the cognitive process of analytical thought, on the one hand, and to the «contagious» character of emotions/affects that take shape around certain forms of reading, on the other (*Poetics* 73).

Una práctica, por lo tanto, de lo común, muy parecida a lo que Moreno-Caballud denomina, como veremos, *Cultures of anyone*, y que además pone en el centro de su lógica la vulnerabilidad de los cuerpos reunidos en la plaza, siendo uno de sus principios inexcusables el cuidado del otro. Solo de este modo, argumenta Snyder, se consiguió una fuerza afectiva suficiente como para vencer el miedo a la violencia de las fuerzas de seguridad y responder pacíficamente desde la exposición de los cuerpos inermes y represaliados, en colectivos de cuidado autogestionado. Fue, pues, desde la precariedad precisamente de los sujetos convocados en las plazas que se pudo erigir una práctica de resistencia u oposición sobre el sostenimiento mutuo de la vida, a nivel intelectual, material y afectivo.

El tercer capítulo del libro se dedica a historizar y conceptualizar el neoliberalismo. Snyder, recogiendo el término de la semiótica de Barthes, lo categoriza como «mito» neoliberal —algo que se parece mucho a esa «nueva razón del mundo» que teorizaron Laval y Dardot—, y sigue de cerca las posturas foucaultianas que lo entienden como un dispositivo en el que «we are no longer dealing uniquely with the top-down implementation of policies by the state [...] but rather the reproduction of statements, social attitudes, and (dis-)affects formed in everyday life» (*Poetics* 129). Un mito que sanciona las conductas individuales bajo el prisma del provecho y la competitividad, relegando a la exclusión y la precariedad a «the unemployed, the dependent, the elderly, the disabled, and so on, as well as those who cannot accumulate private capital» (*Poetics* 142). Por otro lado, el último capítulo se ocupa de analizar la compleja relación entre poder político, élites económicas, medios de comunicación y aparato legal que determina lo que el autor denomina como «crisis de soberanía popular». Aquí, apoyado por la teoría de Carl Schmitt sobre la soberanía —la capacidad de dictar la ley y su excepción— y aludiendo al problema de la Transición española, se traen a colación desde usos partidistas de la televisión pública hasta la impunidad de ciertos actores privilegiados, pasando por el drama de los desahucios, la *ley mordaza*, y otros factores, para observar un ejercicio de la soberanía en el que demasiadas veces la excepción se convierte en ley.

Con todo, uno de los aspectos destacables del libro de Snyder es que a cada uno de los capítulos mencionados lo acompaña un caso de estudio de alguna obra artística o literaria en la que resuena lo indicado anteriormente. Se trata, siguiendo los cuatro bloques, y por orden de aparición, de la poesía de Gregorio Apesteguía,

la *performance* filmada por Sierra y Galindo titulada *Los encargados*, el colectivo de fotógrafos Nophoto y su serie *El último verano* y la obra dramática de Abel Zamora. Con esto, el libro combina *close readings* con la panorámica mirada sobre los acontecimientos históricos, mostrando una íntima conexión entre las formas de creación y los (contra)discursos del poder, algo a lo que ya apelaba el autor al referirse a la crisis con el término de Raymond Williams, «a 'structure of feelings' shaped around the perceived sources of political anger and hope» (*Poetics* 39). Tal vez lo único que se echa de menos es precisamente una más robusta teorización sobre esta relación entre contexto histórico y obra concreta, que permita el cambio entre pasajes de crítica y de historia cultural un poco menos abrupto. En todo caso, se trata de un libro arriesgado y penetrante, necesario para recordar la complejidad de elementos que han marcado la crisis política y económica en la España del siglo XXI, y que reivindica la necesidad de atender a las formas creativas surgidas de sus escombros.

Y acabamos nuestro recorrido con el libro de Luis Moreno-Caballud, *Cultures of Anyone. Studies on Cultural Democratization in the Spanish Neoliberal Crisis*, en el que desde el mismo título encontramos una clara voluntad de participar en el cambio de paradigma cultural apuntado por Snyder. Se trata efectivamente de un ejercicio de crítica cultural militante —no por ello infundada o voluntarista— que quiere contribuir a la transformación de nuestra propia concepción de lo cultural, para lo que el autor pondrá en valor toda una serie de prácticas semióticas, relacionales y creativas que han sido silenciadas o menospreciadas por la tradición cultural del liberalismo. «Democratizar la cultura» supone, pues, visibilizar aquello que queda fuera de un campo cultural jerarquizado y elitista, como el de la modernidad occidental, en el que el binomio poder/conocimiento —por decirlo con Bauman— ha venido normativizando las conductas artísticas y cognitivas. Un modelo que, según Moreno-Caballud, ha entrado en crisis a raíz de la catástrofe económica: «The economic disaster has generated such a huge drop in the credibility of political institutions that it has begun to affect this hierarchical cultural system, thus compromising the very authority of those 'in the know'» (*Cultures* 3). Y sin embargo, como él mismo aclara, las «culturas de cualquiera» que propone no suponen una impugnación a los campos especializados de conocimiento sino más bien a los *usos* de este conocimiento para monopolizar la autoridad cultural. De ahí la necesidad de pensar una forma de cultura que no acabe reducida a minorías selectas que sancionan el gusto de todos sino como una inteligencia colectiva en la que se unan las habilidades combinadas de sus participantes en calidad de iguales. Culturas —forzosamente en plural— de *cualquiera*

because within them it is understood that culture, the constant collective discussion —be it explicit or implicit— in which decisions are made about what has value, what constitutes a 'decent life', is something that anyone should be able to participate in. (*Cultures* 6)

Una vez perfilada la propuesta del autor, el libro se divide en dos grandes bloques, uno refutador y el otro propositivo. En el primero, se trata de localizar los principales escollos que encuentran estas «culturas de cualquiera» para desarrollarse.

Moreno-Caballud los detecta tanto en los presupuestos intelectuales de la modernidad como en el particular advenimiento de la modernización en España, vinculado al capitalismo adoptado durante la segunda mitad del régimen franquista y en la Transición, y su posterior deriva neoliberal. Para analizarlos, se recoge, además del ya mencionado binomio entre poder/conocimiento de Bauman — para quien la modernidad no ha hecho más que sofisticar esta desigualdad entre «los que saben» y «los que hacen», que ya se encuentra en las sociedades premodernas y precapitalistas—, la propuesta de Reinaldo Laddaga, en *Estética de la emergencia*, sobre la radical exterioridad en la que se funda la obra de arte moderna, interrumpiendo el peso de lo convencional, y que viene acompañada de la centralidad de lo individual, tanto en el creador como en el espectador, y de la suspensión de sus relaciones de continuidad con la comunidad. Todo esto diseña una figura del intelectual contradictoria, alejado de sus comunidades pero desplegando un rol privilegiado respecto a ellas, y elitista en su empeño por ocupar espacios de poder y de perpetuar una concepción político-cultural en la que sólo las minorías cultivadas pueden llevar a las naciones al desarrollo y la modernidad. A lo largo del libro se diagnostica este fenómeno a través de las voces de los principales columnistas «de izquierda» en la España democrática (Cercas, Marías, Pérez-Reverte, Muñoz Molina, etc.) para quienes su idealizada visión de la razón y la modernidad les lleva a condenar el «paletismo» nacional y a perpetuar la imagen de que sólo unos pocos elegidos pueden sacar el país de la sombra y la ignorancia. Para Moreno-Caballud, eso convierte al intelectual en garante del orden social desigual:

The belief in the intellectual superiority of a few has the corrosive effect of extending what Rancière calls 'the passion for inequality': a refusal to fully explore one's own abilities because one believes that one will never be able to attain the intelligence that is the exclusive patrimony of exceptional beings. (*Cultures* 59)

De la misma manera —se argumenta—, el proceso histórico hacia la democracia española estuvo en todo momento marcado por esta creencia tecnócrata en un reducidísimo número de varones cultos, como los «padres de la Constitución», que se reunieron a pesar de sus diferencias ideológicas para decidir el futuro de la nación. En este sentido, el autor comparte las tesis de Guillém Martínez y muchos otros sobre la denominada Cultura de la Transición (CT) y reivindica otras posibles modernidades como las representadas por autores como Luis Mateo Díez, por una parte, y Juan Marsé y Manuel Vázquez Montalbán, por la otra, cuyas obras conectan con tradiciones populares igualitarias —la rural y la obrera, respectivamente— donde la cultura se entiende como una producción colectiva de sentido y de sostenimiento de una vida digna. El propio Díez, en sus artículos publicados bajo el seudónimo Ordás, volvería «again and again to the problem of cultural elitism, which frequently associates the authoritarian vices of the dictatorship with the 'cliques' that govern the literary world from Madrid or Barcelona» (*Cultures* 110).

Esta reclama da paso, en el libro, a su segundo bloque, titulado «Cultural Democratizations», y que contiene las páginas más interesantes del volumen. En él, se visibilizan las nuevas prácticas culturales *de cualquiera*, que giran en torno a

tres ejes: las culturas colaborativas en Internet, la combinación de habilidades empoderadoras alrededor del 15M y los procesos democratizadores de algunas instituciones culturales. Todas ellas, sostiene el autor, además de responder a situaciones políticas y sociales concretas, tienen la capacidad de cuestionar «the authoritarian, competitive cultural lenses that condition our way of understanding those very problems, and to replace them with other, more democratic filters» (*Cultures* 13). Una de las grandes virtudes en sus análisis, por otro lado, es que, a pesar de la apuesta decidida por este tipo de culturas, no se renuncia a poner sobre la mesa todos los problemas que en ellas se detectan. Sobre el primer ejemplo de estas nuevas culturas, el autor parte precisamente de sus tensiones o contradicciones para huir del ciberfetichismo: a pesar de la universalización del conocimiento que radica en la misma «arquitectura política» de Internet, no se puede olvidar que la extracción de materiales de tecnología que lo sustenta es, en su modo de organización actual y tal como apunta Silvia Federici, «extremely destructive, socially and ecologically» (*Cultures* 141). Y aun así, hay que partir de esta contradicción para poder observar que el ciberespacio se ha alzado como una poderosa herramienta de creación de un nuevo valor cultural, desde la vulnerabilidad y la precariedad, y contra el fagocitador modelo neoliberal. Trabajos colectivos desinteresados, como la subtitulación de material fílmico o la creación de entradas en Wikipedia, dan muestra de un valor social, no financiero ni necesariamente económico, accesible a cualquiera. Moreno-Caballud, en este sentido aventura una hipótesis: «the lack of recognition of many people's basic human capacities, especially Young people's, during the precarization of the job market associated with neoliberalism, has been a fundamental incentive for that collective creation of nonmonetarized value» (*Cultures* 156). Efectivamente, Internet ha recuperado algo tan poco nuevo y tan sencillo como el trabajo colectivo, alejándolo de la depauperación de valor del mercado, y a la vez ha desarrollado una «subjetividad democrática» basada en, como apunta Marga Padilla, una «passion for commonality» que considera que «intelligence is everywhere» (*Cultures* 176) y no ya sólo en unas pocas cabezas cultivadas. Por eso el libro recoge muestras como el activismo *copyleft* y su vinculación con los *hacklabs*, o las campañas contra la Ley Sinde y la de «No les votes» que acabaría desembocando, tras su transformación en la plataforma «Democracia Real Ya!» en el movimiento del 15M.

Al analizar el 15M y su clima de protesta, Moreno-Caballud pone el acento en la combinación de frágiles voces de «cualquiera», que hablaban desde su propia y compartida vulnerabilidad, y de saberes técnicos y especializados propios del «experto» que se dio en las acampadas, y que según él, no parecen haber desaparecido de la «arena social» —como demuestran la PAH o las Mareas sociales. La tesis principal aquí es que este crisol de saberes fue posible porque la gente quería explorar nuevas formas de colaboración como alternativas a la competitividad y la jerarquización propias del neoliberalismo, que eran percibidas como parte del problema contra el que protestar (*Cultures* 183). Es decir, no sólo había razones materiales para manifestarse:

Beyond the protests, then, was a whole other dimension, one of constructing ways of life that replaced competition with collaboration, that were respectful of vulnerability and able to value different kinds of knowledge and everyday or experiential abilities (*Cultures* 192)

Y eso fue posible, precisamente, «by building the legitimacy of ‘anyone’ experience» ya que «being ‘affected’ has been considered something worthy of greater value and greater respect» (*Cultures* 205). Con esto se consiguió generar nuevas figuras de conocimiento en forma de «autoridad expandida» (Lafuente), siempre a partir de la «presunción de inteligencia» y no de una relación de desigualdad previa.

Finalmente, el libro propone acercarnos a algunas instituciones culturales involucradas en procesos de democratización del saber, no sin antes recordar, con Wallerstein, que no existe un afuera «puro» del neoliberalismo pero sí hay procesos de «selectiva desmercantilización». Con ello, Moreno-Caballud nos advierte de que estas instituciones se encuentran siempre acechadas por tensiones y dinámicas de cooptación de su valor y de transformación capitalista. Esto ocurre no tanto en el caso de organizaciones como la editorial, librería y dinamizadora Traficantes de Sueños o de plataformas en su órbita como el Observatorio Metropolitano o Nociones Comunes —que nacen como iniciativas ciudadanas y en su ADN se halla la misma pasión por lo común y el desmarque del valor de mercado— como en el de instituciones públicas como el MediaLab-Prado o el PECAM, de Madrid, que recogen la voluntad de participación y horizontalidad propias del 15M pero cuya supervivencia siempre depende de un gasto público en peligro de recorte o de especulación. Antes de acabar, también repasa lo que Sánchez Criado llama «comunidades epistémicas experimentales» —como Campo de Cebada, Ateneu Candela, Intermediae o las varias universidades en las calles, entre otras— y algunas plataformas nacidas del 15M como Bookcamping, Asalto o Fundación Robo. En estas, como en el colectivo poética Euraca, flota la necesidad de equipar las «emerging ‘cultures of anyone’ with languages that allow the self-management of their meaning production» (*Cultures* 267).

Se trata, con todo, de una propuesta atrevida, novedosa y honesta, que no rehúye problematizar sus mismos presupuestos —incluso se lamenta, en el epílogo, del propio lugar de enunciación del libro, académico, “del que sabe”, como requisito para la obtención de una posición consolidada de profesor universitario. Pensar una nueva cultura de cualquiera, donde se parta de la vulnerabilidad intrínseca del ser humano, permite, efectivamente, exponerse y exponer las propias contradicciones sin que ello invalide un ápice de lo dicho. Al contrario, se agradece. Igual que se agradece su esfuerzo por que el presente texto sea de acceso abierto online (<http://www.modernlanguagesopen.org/index.php/mlo/issue/view/16/showToc>), al alcance así de cualquiera.